



Fernando Savater

El valor de elegir

Ariel

Fernando Savater

El valor de elegir

Ariel 
bfs

1.ª edición: noviembre de 2015

Edición anterior: 2003

© 2003 y 2015: Fernando Savater

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© 2003 y 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2299-5

Depósito legal: B. 23.605 - 2015

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 4

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

PRIMERA PARTE ANTROPOLOGÍA DE LA LIBERTAD

CAPÍTULO 1. El principio del hombre.....	15
CAPÍTULO 2. Incertidumbre y fatalidad.....	27
CAPÍTULO 3. ¿Para qué? ¿Por qué?.....	39
CAPÍTULO 4. Entre lo bueno y lo malo.....	53
CAPÍTULO 5. Tribulaciones del albedrío.....	65
CAPÍTULO 6. Las instituciones de la libertad.....	79

SEGUNDA PARTE ELECCIONES RECOMENDADAS

CAPÍTULO 7. Elegir la verdad.....	95
CAPÍTULO 8. Elegir el placer.....	111
CAPÍTULO 9. Elegir la política.....	125
CAPÍTULO 10. Elegir la educación cívica.....	139
CAPÍTULO 11. Elegir la humanidad.....	149
CAPÍTULO 12. Elegir lo contingente.....	163

<i>Despedida</i>	171
------------------------	-----

<i>Principales obras consultadas</i>	173
--	-----

Capítulo 1

EL PRINCIPIO DEL HOMBRE

*El hombre no vive,
sino que dirige su vida.*

ARNOLD GEHLEN

Al comienzo de su vasta y despareja obra fundamental, titulada *El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo*, Arnold Gehlen hace una observación importante sobre la imagen que los hombres se hacen de sí mismos y de su rango específico entre los demás seres. A la pregunta sobre el origen del hombre se dan dos respuestas: «La primera hace que el hombre provenga de Dios, la otra del animal. La primera no es científica y la segunda, como veremos, es equívoca, precisamente desde el punto de vista científico. Por otra parte, es curioso que ambos puntos de vista tengan un presupuesto común, a saber: que el hombre no puede ser comprendido desde sí mismo; que sólo puede describirse o interpretarse con categorías extrahumanas». O bien el hombre es una criatura fabricada por Dios a su imagen y semejanza, es decir, un pariente divino aunque caído y por tanto meneste-

roso, un sub-dios... o bien es un mono que ha evolucionado hasta alcanzar un éxito abrumador sobre el resto de sus congéneres, un superanimal. Ambas perspectivas parten de lo no humano para llegar a lo humano, sea sustrayendo o añadiendo cualidades. Por lo visto, el hombre no puede ser comprendido a partir de algún concepto o categoría que le sea específicamente propio.

Dejemos a Dios o a los dioses a un lado: en filosofía, como punto de llegada resultan poco convincentes pero como punto de partida son sencillamente intolerables. Y aplacemos por un momento considerar nuestros parentescos zoológicos, a los que enseguida tendremos de uno u otro modo que referirnos. Consideremos el hombre en sí mismo. ¿Qué le define? Dice Gehlen que es un ser *práxico*, es decir un ser que *actúa*. Que quiere hacer cosas y que hace cosas que quiere. La característica no parece demasiado distintiva. ¿Acaso no es la «actividad» lo característico de todos los seres vivos? ¿Acaso «vivir» no equivale siempre, de alguna manera, a «actuar»? Sin embargo, Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, asegura taxativamente que los animales no «actúan» (*ta theria... praxeos me koinoein*). De modo que «actuar» debe ser algo más que alimentarse y reproducirse, buscar refugio o fabricar madrigueras, cazar o moverse en busca del calor del sol o de aguas templadas. «Actuar» no es sólo ponerse en movimiento para satisfacer un instinto, sino llevar a cabo un proyecto que trasciende lo instintivo hasta volverlo irreconocible o suplir su carencia. Las acciones tienen que ver con diseños de situaciones virtuales que no se dan en el presente, con el registro simbólico de posibilidades que no se agotan en el cumplimiento de paradigmas establecidos en el pasado sino que se abren a futuros inéditos e incluso disidentes. La acción está vinculada a la previsión pero tam-

bién a lo imprevisto: es intentar prever jugando con lo imprevisible y contando con su incertidumbre. Es una forma emprendedora de responder a las urgencias y solicitudes de la realidad plural, pero también de explorarla y descubrir en ella capacidades aún no efectuadas. El ser activo no sólo obra a causa de la realidad sino que *activa la realidad misma*, la pone en marcha de un modo que sin él nunca hubiera llegado a ocurrir.

Si de lo que realmente se trata es de encontrar no el origen del hombre (en su sentido físico, zoológico) sino su *principio* (o sea aquello a partir de lo cual comienza a ser hombre), sin duda tal principio está en la acción, es decir en una intervención en lo real que selecciona, planea e innova. La acción –en el sentido humano y humanizador que aquí le damos al término– es lo contrario del cumplimiento de un *programa*. Las pautas vegetativas y los instintos son programas, las rosas y las panteras están «programadas» para ser lo que son, hacer lo que hacen y vivir como viven. Los seres humanos estamos programados también, pero en una medida diferente: nuestra estructura biológica responde a programas estrictos, pero no así nuestra capacidad simbólica (de la que dependen nuestras acciones). Digamos que los seres humanos estamos programados en cuanto «seres», pero no en cuanto «humanos». Recibimos con nuestra dotación genética la capacidad innata de llevar a cabo comportamientos no innatos.

La diferencia entre los seres vivos totalmente programados y los seres humanos sólo en parte programados puede parecer cuantitativamente mínima pero constituye un salto cualitativo radical. A ello se deben los actuales reiterados equívocos sobre el significado de las similitudes genéticas entre el hombre y otros animales. Se nos informa, incontro-

vertiblemente, de que la diferencia genética que nos separa de los chimpancés es mínima (menos del cinco por ciento) y no mucho mayor la que nos aleja del cerdo o del gusano. Algunos se afligen ante este parentesco zoológico y otros lo celebran como un supuesto correctivo científico ante el indebido orgullo de nuestra especie. Cualquier invocación a la modestia debe ser bienvenida (sobre todo si se dirige a quienes se vanaglorian de su pertenencia a una línea genealógica adquirida sin esfuerzo ni mérito propio), pero lo cierto es que la conclusión más evidente de tales estudios viene a ser que –dadas nuestras radicales diferencias con chimpancés, cerdos o gusanos– la dotación genética no es lo más decisivo en el establecimiento de la condición humana. Cuanto más se demuestre nuestra continuidad genética con otros animales, más obvio resulta que nuestra flagrante discontinuidad en el campo de las acciones debe provenir de otros elementos no identificables en el ADN. Esta conclusión no tiene por qué aumentar ni disminuir la autocelebración de los logros humanos, pero indudablemente sirve para relativizar en ellos la importancia de la influencia genética. El ser humano cuenta con una programación básica –biológica– en cuanto ser vivo pero debe autoprogramarse como humano. En ocasiones, esta autoprogramación humanizadora implica una cierta «desprogramación» animalesca. A diferencia de otros vivientes, el hombre no está programado totalmente por los instintos e incluso juega frecuentemente contra ellos por medio de su «contraprogramación» simbólica... Comparado incluso con sus parientes zoológicos más cercanos, ofrece una sensación de apertura, de inacabamiento: en resumen, de extrema *disponibilidad*. Precisamente esta disponibilidad constituye el enigma de lo humano y también la paradoja de la doctrina de la evolución. Arnold

Gehlen hace hincapié necesario en este aspecto, que ya había sido antes apuntado por Max Scheler en su comprimido y famoso ensayo *El puesto del hombre en el cosmos*.

¿Cuál es la diferencia fundamental, orgánica, entre el ser humano y cualquier otro animal? Su casi absoluta ausencia de *especialización* de ningún tipo. Lo prodigioso de la constitución de los animales, que lleva a las almas cándidas a proclamar edificantes letanías sobre la sabiduría de la madre naturaleza (nótese que se la puede llamar «sabia», pero ni los más ingenuos la declaran «tierna» o «dulce»), es el nivel de adecuación fisiológica que alcanzan para dedicarse a ciertas tareas y para vivir en determinado medio. Todas las bestias son portentosas especialistas en empeños exigentes y excluyentes, sea saltar, morder, desgarrar, alimentarse de residuos, soportar temperaturas altísimas o bajísimas, procrear en las peores condiciones imaginables, hacer nido en lo imposible, etc. En zoología, los estudios anatómicos son siempre consideraciones minuciosas de instrumentos de alta precisión. El ojo se convierte en microscopio (aunque a causa de ello deja de ver a cierta distancia), las extremidades sirven para trepar (aunque no para andar) o para nadar (aunque sólo se arrastran fuera del agua), la mandíbula adquiere una fuerza trituradora excepcional (aunque ello implique sacrificar a los músculos parte de la capacidad craneal), la zarpa es capaz de aplastar cualquier testuz (aunque no sirve para tocar el piano), etc. En el ser humano, por contraste, no se dan estas excelencias hiperespecializadas: miembros, órganos y sentidos están mucho menos definidos para tareas específicas aunque se las arreglan mejor o peor para cumplir una serie de encargos *imprevistos*.

En el supermercado de la vida, casi todos los animales parecen ser tecnología punta, herramientas finísimamente

calibradas con el fin de cumplir tal o cual tarea en un determinado nicho ecológico. Como ocurre con otros instrumentos semejantes, sirven muy bien para lo que sirven *pero para nada más*. En cuanto cambian las circunstancias o el paisaje, se marchitan y extinguen sin remedio. Los seres humanos, por el contrario, son anatómicamente indigentes, padecen un diseño chapucero y carente de adecuación precisa, pero soportan las mudanzas y compensan con su actividad inventiva las limitaciones que les aquejan. Hacen de la necesidad virtud y convierten su esencial *imprecisión* en estímulo y posibilidad flexible de adaptación. Así resume lo que venimos exponiendo Michel Serres: «La palabra especie repite el término especialización. Por el contrario, nuestros órganos se desespecializan. Comparada con la pezuña de los rumiantes, con la pinza del cangrejo, con el tentáculo del pulpo, la mano, no especializada, termina por hacerlo todo, levantar un martillo, conducir un arado, tocar el violín, acariciar, hacer señas... Comparada con los picos de los pájaros, con las fauces del tiburón, con el hocico del perro, la boca, no especializada, acaba por hacerlo todo, morder, sin duda, pero también besar, silbar, hablar mil lenguas. Así podemos abandonar nuestros nichos especiales y abrirnos al espacio global. En lugar de habitar una localidad, lo humano, desdiferenciado, incluso indiferente, si nos atrevemos a decirlo, recorre el mundo, y viaja y, de golpe, desbordando el presente inmediato, entra en un tiempo diferente» («El tiempo humano», en *Qu'est-ce que l'humain*).

Estas características de los seres humanos plantean una cierta contradicción respecto a la visión popular de la evolución de las especies. Por lo común se entiende que el hombre proviene por sucesivos refinamientos de una especie animal más tosca y, por decirlo así, peor diseñada. To-

dos hemos visto mil veces esa serie pedagógica que muestra primero a un cuadrumano, luego a un chimpancé un poco más erguido, después a un antropoide ya más presentable, a continuación un primo todavía un poco agachado pero con rasgos neanderthalenses, etc., hasta llegar en la última imagen a un correcto caballero que camina sin fallos y se adorna con sombrero y corbata. Pero el camino evolutivo –si no resulta demasiado teleológico expresarnos así– parece seguir un rumbo casi opuesto. Los animales superiores (y en particular los antropoides que más se nos asemejan) están definidos de una forma mucho más precisa y eficaz que los humanos. Han desarrollado mejores armas, músculos más aptos, capacidades más determinadas. Son menos *ambiguos* que nuestros congéneres. Del mismo modo que el feto o el recién nacido son más *imprecisos* en la mayoría de los aspectos que los adultos plenamente desarrollados (en cuanto a su identidad sexual, el manejo de sus extremidades y la competencia focalizada de sus órganos), los seres humanos están peor definidos bajo cualquier categoría que un mono antropoide de los que nos resultan zoológicamente más próximos.

Si la evolución va desde lo esbozado a lo preciso, desde lo indeterminado a la especialización eficaz, un chimpancé o un babuino están más evolucionados que un ser humano, no menos... En los hombres se mantienen constantemente rasgos *fetales*, una perpetua indeterminación pueril: somos una especie menos «crecida» que las demás, menos decidida en nuestro desarrollo. Nos han sacado del horno evolutivo demasiado pronto, estamos a medio cocer... Envejecemos sin perder nunca del todo nuestro aire de simple esbozo, de apunte inacabado, nuestra esencial adolescencia. A esta característica se la ha denominado «neotenia» y cabe suponer

que de ella depende nuestro éxito como especie, si de «éxito» puede calificarse la historia humana y nuestra hegemonía sobre la mayoría de los demás seres naturales. Aunque... ¿puede haber un éxito con «por qué» pero sin «para qué»?

Indeterminados en lo referente a hocicos, músculos y zarpas, los seres humanos tenemos en cambio un órgano máximamente desarrollado y con múltiples prestaciones muy sofisticadas: el cerebro. Aunque mal dotados en lo que respecta a pautas de conducta instintivamente codificadas y en la adecuación a un medio ambiente concreto, estamos provistos del instrumento más apto para improvisar e inventar ante las urgencias de lo real. El cerebro es el órgano específico de la *acción*: conoce, delibera, valora y decide. Funciona acicateado por nuestras carencias e insuficiencias, para buscarles remedio y aprovecharlas a nuestro favor. Los seres vivos que más han evolucionado en el perfecto acomodo a un tipo de vida y a un nicho ecológico han avanzado tanto por un camino que ya no pueden cambiar de rumbo ni buscar vías alternativas. No necesitan reflexionar porque siempre aciertan automáticamente... hasta que cambian las circunstancias y entonces fallan del todo. El ser humano, desde su imprecisión, comete constantes errores pero aprende de ellos y va corrigiendo permanentemente sus derroteros vitales. Porque la otra función del cerebro es almacenar la información adquirida a partir de la experiencia, codificarla en símbolos abstractos y transmitirla por medio del lenguaje. La vida humana perpetúa el rasgo característico de la infancia: el aprendizaje, la educación permanente. No estamos determinados a vivir en ningún paisaje ni en ningún clima, pero sí a convivir con semejantes que nos enseñen y ayuden. El medio ambiente natural específico de los seres humanos es la *sociedad*.

La condición activa del hombre (su carácter «práxico» en la terminología de Gehlen) brinda el concepto propio adecuado a partir del cual definir su origen y su diferencia específica. La acción origina al ser humano. Como bien apuntó Aristóteles al distinguir entre *praxis* y *poiesis*, la acción no es fabricación de objetos o de instrumentos sino creadora de humanidad. La *praxis* es *autopoiética*: la principal industria del hombre es inventarse y darse forma a sí mismo. Esta perspectiva, fundamental en la idea *dinámica* que el ser humano se hace de sí mismo, ya tuvo una importancia central en el planteamiento de la *dignidad* humana realizado por Giovanni Pico della Mirandola en su famosa *Oratio pro hominis dignitate* que algunos consideran algo así como el manifiesto del humanismo renacentista. Según Pico, Dios ha situado a cada uno de los seres en su lugar apropiado a lo largo de una escala de los vivientes que desciende desde la sublime agilidad del ángel hasta la amorfa pulsación de la ostra. En esa jerarquía, cada cual adquiere su perfección siendo lo que es, ni más ni menos. Pero al hombre Dios le ha creado sin lugar propio, como una pieza móvil entre figuras encapsuladas, tan capaz de ascender hacia lo alto como de descender hasta lo más bajo, es decir, capaz de *actuar*. Un «magnífico camaleón» que puede adoptar las formas más diversas e inesperadas. Con este discurso la divinidad certifica esta disponibilidad única: «No te he dado, Adán, ni un aspecto tuyo propio, ni ninguna prerrogativa tuya, porque aquel puesto, aquel aspecto, aquellas prerrogativas que tú deseas, todo, según tu voluntad y juicio, lo obtengas y conserves. La naturaleza determinada de los demás seres está contenida en las leyes por mí prescritas. Tú te la determinarás a ti mismo, sin estar condicionado por ninguna frontera, según tu arbitrio, a cuya potestad te consigno. Te puse en el centro del

mundo, para que descubrieras mejor todo lo que hay en él. No te he hecho ni celeste ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, libre y soberano artífice, te plasmaras y esculpieras en la forma por ti elegida. Tú podrás degenerar hacia las cosas inferiores, hacia los brutos; tú podrás regenerarte, según tu voluntad, hacia las cosas superiores que son divinas». La dignidad del hombre es ser co-creador de sí mismo junto con Dios, completando y reformulando aquello por la divinidad esbozado. Su perfección no está en cumplir el programa determinado de su ser sino en inventarlo y orientarlo hacia lo mejor... Es la naturaleza (o el *Deus sive Natura*) la que obra a través de los demás seres, cuyo destino tienen seguro y a salvo en ella, mientras que el hombre *actúa* por sí mismo y a su propio riesgo en la naturaleza.

Ecos indudables del planteamiento de Giovanni Pico aparecen siglos más tarde, durante la Ilustración francesa, en la doctrina de Rousseau acerca de la *perfectibilidad* humana, sobre la que se funda la posibilidad de la educación pero que presenta como contrapartida inevitable la posibilidad de corrupción humana, su degradación del primigenio e irrecuperable estado de naturaleza. Uno de los *revivals* contemporáneos más curiosos del discurso renacentista sobre la dignidad humana se encuentra en el primero de los *Sonetos desde China* de W. H. Auden. Tras mencionar cómo las diversas criaturas naturales (abejas, truchas, melocotones...) recibieron desde la primera hora su ser definitivo y quedaron satisfechas «de estar en lo cierto y conocer su posición por toda la eternidad», prosigue así:

*Hasta que finalmente apareció una criatura infantil sobre la cual
los años podían modelar cualquier característica,
simular, a gusto del azar, un leopardo o una paloma, que se veía*

*suavemente sacudida por la más suave brisa,
que buscaba la verdad pero estaba siempre equivocada, y envidiaba
a sus escasos amigos, y elegía a su amor.*

Resulta sobre todo interesante que Auden subraye el carácter «infantil» del ser humano, es decir expectante y tentativo. En la antropología es válida más que en ningún otro campo la sentencia de Karl Kraus: «nuestra meta es nuestro origen».

Digamos finalmente que esta perpetua adolescencia humana dota también a la especie de una singular tenacidad, de una obstinación a veces admirable y otras temible. En su hermosa meditación narrativa *Terre des hommes*, Antoine de Saint-Exupéry cuenta la tremenda peripecia de un aviador compañero suyo que, en medio de una fenomenal tormenta de nieve, desaparece en los Andes. Todos le dan por definitivamente perdido: aun en el supuesto de que no hubiese muerto al estrellarse su avión, ¿quién podría sobrevivir a la noche atroz en las cumbres congeladas? Pero el piloto reaparece siete días más tarde, tras haber caminado entre abismos y farallones cubiertos de hielo durante jornadas casi inimaginables. Recordando a su mujer, a sus compañeros, consciente de la obligación impuesta por el correo que llevaba en su aparato y negándose a la tentación de echarse en la nieve para morir en paz. Saint-Exupéry se reúne finalmente con él y «es entonces cuando expresaste, y tal fue tu primera frase inteligible, un admirable orgullo de hombre: “Lo que yo he hecho, te juro que jamás lo habría hecho ningún animal”».